

El don gratuito de la misericordia

Jean-Marie Lustiger

El cardenal Jean-Marie Lustiger nació en París en 1926, hijo de judíos polacos que habían emigrado a Francia. Durante la ocupación nazi, sus padres fueron deportados y su madre murió en una cámara de gas en Auschwitz en 1943. En ese tiempo Jean-Marie fue acogido junto con su hermana por una familia católica de Orleans, y así ambos salvaron sus vidas. Siendo adolescente, en 1940, recibió el bautismo; luego ingresó al seminario y fue ordenado sacerdote en 1954. El Papa Juan Pablo II lo nombró obispo de Orleans en 1979 y al poco tiempo, en 1981, arzobispo de París. Murió en 2007. Lo que sigue es una alocución emitida por la radio pública de Colonia, Alemania, con motivo de la Jornada de los Católicos (el Katholikentag), el 29 de agosto de 1982. Se publicó por primera vez en: Kardinal Jean-Marie Lustiger, Wagt den Glauben. Artikel, Vorträge, Predigten, Interviews, 1981–1984, Einsiedeln, 1986, 412–417.

Les hablo desde París, sin verlos, como quien se dirige a alguien en la oscuridad de la noche. Quizás así pueda decirles cosas que no podría decirles si los mirara a los ojos, cosas que quizás ustedes no pudieran tolerar si me tuvieran cara a cara.

Quiero decirles por fin estas cosas simples, enterradas hace tantos años en el silencio, cosas tan difíciles de escuchar como de expresar. Ustedes y yo sabemos bien que no es un gesto vacío que me hayan invitado a la Jornada de los Católicos [en Alemania]. Soy el Arzobispo de París; también yo cargo con mi parte en la dolorosa y trágica historia en la que ustedes se han visto envueltos. Además de invitarme a mí, han invitado también al Cardenal Macharski, el Arzobispo de Cracovia, en cuya diócesis se encuentra Auschwitz. Con ello he dicho suficiente, para que entendamos, ustedes y yo, que hay cosas difíciles de decir pero que sin embargo deben ser dichas.

Quizás los más jóvenes entre ustedes no entiendan cabalmente a lo que estoy aludiendo. Quizás piensen que insisto con recuerdos insustanciales. Pero aquellos entre ustedes que tienen mi edad, o que son incluso mayores que yo, entienden lo que escuchan. Ustedes comprenden. Ya que a pesar de todo lo reprimido, de toda la voluntad de olvidar, ocurre que ambos nos acordamos.

Eso me pasó a mí hace unos veinte años en Múnich. Sólo le he contado este acontecimiento –pequeñísimo y muy personal– a unos pocos amigos franceses, confidencialmente, pero nunca pude contárselo siquiera a un solo amigo alemán. Por aquel entonces había visitado Alemania en varias oportunidades, había visto a la Alemania de la posguerra destruida y luego reconstruida. Había entablado amistad con distintas personas. Tenía claro lo que ocurría en esos años y estaba deseoso por contribuir por mi parte a la reconciliación entre nuestros dos países. Dejando de mencionar los años de guerra, las deportaciones, persecuciones y campos de concentración, quería yo, un hombre razonable y pacífico, comportarme como cristiano. En esa época yo me dedicaba a la atención pastoral de los estudiantes universitarios. Tras un cansador año de trabajo me vino la idea de viajar a Múnich, ciudad que ya conocía. Había participado del Congreso Mundial Eucarístico con gran interés y placer intelectual. El rostro de la Iglesia que descubrí en aquella ocasión me pareció algo bello. Recibido con amabilidad, me había sentido cómodo en esa ciudad. Por esa razón me decidí a viajar sin pensarlo demasiado. Era a principios de agosto.

Al bajar del tren, me detuve un instante, con mi valija, en la plaza frente a la estación de tren de Múnich. Hacía un sol espléndido y un ambiente de alegría dominaba la plaza. De repente ocurrió un cambio en mi mirada. Por ahí pasaba la gente, iban y venían, gente de mi edad y mayor aún. Y de pronto me imaginé sus cabezas, sus rostros con las facciones que tenían para mí hace veinte años, durante la guerra. Sobrecogido por un gran miedo me dije: Estas personas allí, delante de mí, ¿qué hacían en aquellos días? ¿Qué hicieron y qué dejaron de hacer? ¿Quiénes entre ellos son inocentes? ¿Y los otros? Y sus rostros se me aparecían enigmáticos, como máscaras frente a mi pregunta muda. No sentía otro sentimiento fuera de un profundo abatimiento, una profunda tristeza. Me era imposible quedarme, permanecer en este lugar. Me sacudí y tomé mi valija para volver de inmediato a París. Aquel día no

había más trenes. Alquilé una habitación en un hotel cercano y a la mañana siguiente partí.

* * *

¿Pueden imaginárselo? Relato estos recuerdos por primera vez ante alemanes. ¿Es esto extraño? Y eso que tengo aún muchos amigos, laicos y sacerdotes, en Alemania. Algunos de ellos han sido para mí verdaderos hermanos y lo son todavía. Pero lo que les he relatado a ustedes no he podido contárselos a ellos nunca. Lo que hoy es para mí una confidencia debería ser quizás –tanto para mí como para ustedes– también el comienzo de una confesión. Ya que este silencio que nos paraliza, que paraliza a nuestros dos pueblos, es un silencio de la vergüenza o del miedo. Un pernicioso estar en silencio en el que ninguna vida y ninguna misericordia es posible.

Cuando acepté hablar en la Jornada de los Católicos lo hice porque discerní con claridad que esta vez Dios me lo exigía. Lo que me parecía imposible y en cierta medida seguramente lo es, a la luz de las facultades humanas relativas a la sensibilidad y la memoria: debo hacerlo, sin embargo, por mandato de Dios. Dios me lo exige a mí, y no a algún otro, en virtud de su llamado, que me ha hecho sacerdote y Arzobispo de París. No sé si tendré éxito, y ni siquiera sé qué es lo que se me ha mandado decir. Pero sí sé esto: lo que a mí se me exige hacer exige de ustedes que hagan algo con ello. Porque si Dios me lo exige, lo hace no sólo por mí, sino de la misma manera por ustedes. También a ustedes los llama Dios a darme un testimonio, ciertamente no para mí en particular (esto tendría poco sentido), sino para aquellos a quienes represento, a mi Iglesia, para la paz y la comunión entre los pueblos. Es bien seguro que Dios exige de ustedes que me den un testimonio, el testimonio de lo que Él obra en ustedes por medio de su perdón, ya que Él los ama; el testimonio de lo que Él hace por ustedes: una obra de la misericordia, de la verdad y de la paz.

* * *

Sí, debo hablar del perdón y del arrepentimiento de los corazones. ¿El perdón de quién? ¿Qué tipo de perdón puede dar el hombre? ¿Tenemos el poder, nosotros, los que vivimos –los que aún vivimos– de hacer que lo que ha ocurrido no haya ocurrido? Ningún hombre tiene el poder de borrar lo que ya ha ocurrido. No hay recomposición posible entre seres humanos. Aún cuando heredamos a los muertos bajo las leyes humanas, la muerte misma no se hereda.

El perdón humano puede ser, en el mejor de los casos, una amnistía. Consiste en hacer de cuenta que los delitos cometidos no han sido cometidos, como si nada hubiese ocurrido. En última instancia consiste en una especie de olvido. Y olvido significa desprecio, ya que deja a quien ha pecado contra Dios y los hombres con el peso de su culpa, en soledad; deja a quienes tienen un recuerdo del mal el dolor de la falta de reparación.

El hombre no puede hacer nada mejor que olvidar. Pero olvidando al verdugo, se olvida también a la víctima, en particular cuando ésta está muerta. Y aún en el caso de que la víctima antes de morir haya querido perdonar al verdugo, ello no libera al verdugo de la conciencia de haber hecho el mal. El hombre no puede, por sí mismo, perdonar el pecado de otro hombre. En ello reside la profundidad del mal y su incurabilidad. Un objeto puede ser devuelto, una casa, reparada, una suma de dinero puede ser reembolsada... Pero una vida no puede ser devuelta, no es posible redimir el sentimiento de culpa o restituir la inocencia.

El hombre no tiene el poder de perdonar: Sólo Dios puede perdonar.

Porque el verdadero perdón no puede ser otra cosa que la resurrección de entre los muertos. Y sólo Dios puede hacerla surgir nuevamente. Resurrección de la cual el Padre celestial nos brinda a su Hijo único, el Mesías sufriente, como garante y prueba de su realidad. El Crucificado pronunció en la Cruz la palabra del perdón, pero dirigida por él como Hijo al Padre. No dijo: «Yo los perdono», sino: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

El Hijo único, el muy amado, entregado al exterminio, rogó a su Padre que diera el perdón, el que sólo Él puede dar. La prueba de que este perdón ha sido otorgado reside en la resurrección del Hijo. Y sin embargo el Resucitado lleva las llagas de su pasión. La resurrección no es el olvido de la pasión. Las llagas del Hijo resucitado no son signos de consternación o de juzgamiento hacia los que las causaron –los soldados–, o hacia quienes fueron cómplices por haber callado o huido –los discípulos. Por el contrario: en adelante las llagas serán signos de sanación y salvación. En adelante las heridas podrán ser tocadas y serán tendidas como signos de gracia y fuentes de certeza, cuando Jesús presente sus manos a Tomás. Del corazón traspasado por la lanza del soldado brota ya, como nos dice San Juan, agua

y sangre, la fuente de la vida, de la reconciliación y del perdón, de la vida divina y del Espíritu regalado al hombre.

Sólo Dios perdona, porque sólo Dios salva. El perdón de Dios no destruye nuestra historia nefasta, sino que la rescata; él nos la devuelve con su perdón y nos permite recibirla en un corazón roto como lugar, no de condenación, sino de redención, no de olvido, sino de salvación. La víctima inocente es el mediador de la Nueva Alianza, el sumo sacerdote del nuevo culto. Cuando Jesús cura al paralítico «para que sepan que el Hijo del Hombre tiene el poder en la Tierra de perdonar los pecados», revela que Él puede disponer en la Tierra del poder del Padre de mostrar misericordia. Porque sólo el Creador puede ser el Redentor. Para algunos es imposible perdonar. Pero los discípulos de Cristo reciben del Hijo amado no sólo el poder, sino el mandato de perdonar los pecados en Su nombre, de impartir la absolución del Padre celestial.

* * *

Por lo tanto, cuando yo ahora me presento ante la asamblea de su Iglesia, lo hago para recordarles las palabras de Jesús, de quien soy, por razón de mi función, servidor, y para decirles que el Dios de la misericordia les regala su misericordia como lo hace con todos los hombres. Para decirles las palabras de perdón del Mesías.

Sólo me falta confiarles un pensamiento secreto. Quizás sea para ustedes fuente de consuelo y esperanza. Es éste: los sufrimientos de las víctimas y sus muertes son una parte de los sufrimientos del Mesías. Están protegidos en el cáliz de Dios como las lágrimas de sus hijos; y por medio del Mesías Dios hace de ellas un agua purificadora. En el misterio de Dios es posible el pensamiento de que, al recibir el perdón que el Crucificado regala, las innumerables víctimas a las que Él se une en su sufrimiento se unen también a Él en el perdón que Él otorga.

Y al fin y al cabo –ustedes lo saben– recibimos misericordia para poder ser, por nuestra parte, misericordiosos, de acuerdo a la gracia que cada uno ha recibido y según nuestra vocación de ser testigos de esta misericordia. Le pido a Dios que ustedes puedan ser, por su parte, testigos e instrumentos de este perdón para nosotros y para todos los hombres.

Jean-Marie Lustiger

Les he hablado como hermano en Cristo. Ya que sólo les llega mi voz, sin que nos veamos, como peregrinos en la noche, les he hablado protegido por esta oscuridad, por la noche Pascual como noche de la muerte y de la vida, en la que la palabra es posible nuevamente. Ojalá reciban estas palabras como un regalo que Dios permite que les entregue.

Traducción: Cecilia Di Cío